

Melcá,

la viuda pobre que ofreció al Altísimo todo lo que tenía para vivir.



Por: P. Martirián Marbán

Nunca imaginé que aquella limosnita insignificante que eché en las alcancías del Templo de Jerusalén, en aquel invierno del año 30, fuera recordada durante tantos siglos. Afortunadamente en el atrio, resguardándose del frío, estaba Jesús. Él alertó a sus amigos de mi presencia, aun sin saber que me llamaba Melcá.

Qué pena me daba a mí, pobrementemente vestida con aquella túnica raída, hacer cola detrás de aquellos comerciantes y doctores de la Ley que pasaban buen tiempo echando gran cantidad de monedas de oro y plata, que resonaban en las alcancías metálicas y llamaron la atención de Jesús y su grupo. Yo rebusqué en mis bolsillos pues no tenía bolsa de dinero, para qué, si no tenía qué guardar, y encontré dos moneditas de cobre. Con ellas hubiera podido comprar harina para hacer dos panecillos.

Estaba acostumbrada a pasar hambre y tener que aceptar uvas pasas, higos, si era el tiempo de ellos, o algún caldito de mis generosas vecinas. A mi esposo Ajicar, hacía tiempo que se lo habían llevado unas fiebres malignas; como tenía muchas deudas acumuladas, los recaudadores de impuestos confiscaron la tierra con sus olivos e higueras, su pequeña viña y las 3 cabras que poseíamos.

Casi al mismo tiempo, mis dos hijos, Tobit y Amós, habían sido hechos prisioneros cuando los soldados del General Varo arrasaron los campos, quemaron las aldeas y se llevaron a los jóvenes. Seguramente los habían vendido como esclavos. Nunca más supe de ellos, aunque siempre esperé su regreso, porque una madre nunca olvida a sus hijos. Entonces con otras supervivientes de aquella masacre me establecí en Jerusalén. En la gran ciudad me sentía más segura. De esto iban más de 30 años.

Quedé desamparada de los hombres, pero yo había oído a los fariseos que nuestro Dios no abandonaba a nadie, y era verdad, porque a veces no sentía el hambre y dormía plácidamente.

Mientras pude, ayudaba a recoger cosechas en el campo, cuando había una gran fiesta, me llamaban para la cocina y la limpieza pero mis fuerzas ya decaían y apenas podía conseguir algún trabajito.

Y sin embargo, yo quería agradecer al Altísimo, dar algo a nuestro Dios tan misericordioso y compasivo, qué mejor que ir al Gran Templo, nuestro orgullo nacional, donde oficiaban los sacerdotes y se sacrificaban las víctimas cuya sangre nos purificaba de nuestros pecados.

Casi me doy la vuelta al considerar que con dos moneditas de cobre, ni siquiera se podía comprar una avecilla para los sacrificios, pero yo estaba convencida de que el Altísimo miraba el corazón; y eso sí, yo quería dar todo mi corazón al misericordioso que me había dado valor para vivir en medio de mi indigencia. Así que me armé de valor y roja de vergüenza, en un movimiento rápido, eché las moneditas en la alcancía; por supuesto, ellas no resonaron. Entonces me alejé rápidamente.

Por suerte para ustedes, Jesús se fijó y me puso como ejemplo para sus seguidores. A mí tan insignificante, tan excluida en nuestro pueblo por ser mujer pobre y viuda desamparada.

Yo ni vi a Jesús, ni sabía quién era.

Días después me enteré de que los romanos habían crucificado a un hombre inocente, a petición de los propios judíos. Y más tarde oí que unos hombres y mujeres decían que estaba vivo, que había resucitado, aunque ya mi mente no podía entender de esas cosas, en mi corazón me dije que todo era posible para el Altísimo. Pero nunca supe que ese Jesús me había mirado de forma diferente, especial, y alabado mi gesto de dar al Señor lo que tenía para vivir.

Lc. 21,1-4; Mc. 12,41-44